Capítulo 1

Jeeves, mi sirviente, da la alarma * Una descripción física de mi tío Irwin, el fanático de las armas, y un repaso de su rutina matinal * Apresuro mi aseo y mi yoga * Una eyaculación tardía de miedo

—Despierte, señor, despierte —dijo Jeeves.

—¿Qué? ¿Qué sucede, Jeeves? —dije, emergiendo de las brumas del Leteo. Había soñado con un gato gris que, como un matón de cine negro, estrangulaba entre sus garras a un ratón blanco—. Estaba soñando con un gato gris, Jeeves. Un gato bastante abusón.

—Excelente, señor.

Empecé a deslizarme de nuevo hacia aquel enfrentamiento entre el gato y el ratón. Quería ver cómo escapaba el simpático ratoncito blanco. Tenía una mirada tierna y desvalida. Pero Jeeves se aclaró respetuosamente la garganta y percibí en su presencia un grado de urgencia poco habitual que exigía que el joven señor fuera capaz de zafarse del seductor abrazo del sueño. No tendría lugar la salvación del pobre ratoncito. No habría final feliz.

—¿Qué pasa, Jeeves? —pregunté, echando un ojo a su amable pero indescifrable rostro.

—Hay indicios, señor, de que su tío Irwin ya no está durmiendo.

Solo bajo circunstancias tan alarmantes como esas interrumpiría Jeeves mis ocho horas de necesaria inconsciencia. Él sabía que la felicidad de mi mañana dependía de mantener el menor contacto posible con mi tío.

—¿Se han oído gemidos procedentes de su dormitorio, Jeeves? ¿Acaso ya no sueña, probablemente con armas de fuego, y ahora mira despierto al techo, reuniendo el coraje necesario para enfrentarse a un nuevo día?

—Su progreso esta mañana ha llegado a un punto más avanzado, señor.

—¿Cómo? ¿Ya le has oído poner los pies en el suelo y está sentado en el borde de la cama sacudiéndose el estupor?

—Está en la bicicleta estática y está *davenando*, señor.

A Jeeves se le había pegado de mí el castellanizar el verbo hebreo «rezar» («*daven*»).

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡La situación es desesperada, Jeeves! ¡Una catástrofe!

Al despertarme del todo y alcanzar la plenitud de mi percepción sensorial, distinguí el característico sonido del pedaleo en la bicicleta, acompañado del desafinado hebreo de mi tío, cuyo dormitorio estaba solo a cinco metros pasillo abajo.

—¿Crees que todavía me queda tiempo, Jeeves?

—El margen de error es mínimo, señor.

Por lo general soy bastante imperturbable y recio, si se me permite decirlo, pero verme en este predicamento a primera hora de la mañana me descompuso por completo. Hacía ya varios meses que, gracias a una rigurosa disciplina, evitaba ver a mi tío antes de mediodía.

—¿Cómo hemos llegado a esta situación? —pregunté. No era mi intención culpar a Jeeves, pero él siempre me había despertado antes de que mi tío progresara hasta la bicicleta estática.

—Su tío se ha levantado hoy muy temprano, señor. Son solo las ocho y media. No hay excusa posible, pero valga decir que yo estaba realizando mi propio aseo durante las primeras etapas de su programa matutino.

—Ya veo, Jeeves. Es totalmente comprensible. —No podía esperar que el hombre estuviera de guardia las veinticuatro horas del día (después de todo, era mi ayuda de cámara, no

un soldado de la Guardia Real) y mi tío lo había desbaratado todo levantándose dos horas antes de lo habitual. Era una anomalía más rara que el más raro de los perros verdes, de modo que nuestra mejor defensa (la capacidad de escucha de Jeeves) había sido burlada.

Bien, sin duda estaba en un brete, pero me gusta pensar que, incluso bajo los efectos de un *shock* tan grave, soy un hombre de acción, así que me destapé con brío. Jeeves, anticipándose a todos mis movimientos, me pasó mi toalla, haciéndola aparecer en su mano del modo en que sabe hacer aparecer cosas cuando se las necesita, así que abandoné a paso ligero mi madriguera, vestido solo con mis calzoncillos *bóxer*, y me lancé hacia el baño, que comparte pared con el dormitorio de mi tío.

Yo tenía mi propia rutina matinal, pero me vería obligado a apresurarla si quería evitar a mi némesis. La prisa no me resulta atractiva —probablemente me generaría una ansiedad de la que no podría desembarazarme en todo el día— pero encontrarme con mi anciano pariente antes de mediodía sería todavía peor. Me provocaría un grave ataque de nervios que arruinaría irremediablemente el día.

Para evitar esa eventualidad, Jeeves y yo habíamos memorizado, con el fin de conocer en todo momento su paradero, la rutina matinal de mi tío, que consistía en lo siguiente:

(1) La esposa del tío Irwin, mi tía Florence —la hermana de mi difunta madre—, salía de casa al amanecer a impartir clases a niños con necesidades especiales en el instituto local, cosa que hacía todo el año, incluidos los meses de verano. Pasaba de sesenta años, pero seguía trabajando muy duro: era un ángel con forma humana. Mi tío solía despedirla cada mañana y luego se volvía inmediatamente a la cama. Él tenía poco más de setenta años y era un comercial retirado de productos químicos para

tejidos, aunque por las tardes vendía aparatos para limpiar armas de fuego mediante ultrasonidos en las comisarías de policía.

Mi tío era un experto en armas de fuego y la casa contaba con un pequeño arsenal. Estaba preparado por si había otra Noche de los Cristales Rotos o un asedio del FBI si se derogaba la Segunda Enmienda. Tenía armas escondidas por todas partes por si había un ataque sorpresa —detrás de las contraventanas, bajo las tuberías de la calefacción— y muchas veces llevaba un arma dentro de casa, utilizando un cinturón con una pistolera especial. Llamaba a esa costumbre *ser activo*, lo que tengo entendido que tiene cierta resonancia metafórica no solo en la ANR, sino también entre la comunidad homosexual, lo que tiene mucho sentido, pues no hay nada más fálico que una pistola; incluso los falos parecen menos fálicos, aunque, por supuesto, el falo fue antes que el arma de fuego.

(2) Mi tío se despertaba cada día sobre las diez y media de la mañana. Gruñía varias veces y bostezaba lujuriosamente —su gran estómago actuaba acústicamente a modo de fuelle—. Era un hombre bajo y orondo, con un bigote negro como el carbón y una barba muy blanca, una disposición bifronte de su vello facial que le confería una similitud asombrosa, a pesar de sus orígenes judíos, a un beato católico, una especie de Padre Pío. Este hecho se descubrió cuando una dulce y devota italiana casi se desmayó al verlo en el supermercado Grand Union del barrio y le mostró una estampita de ese Pío. Mi tío escribió entonces a una organización católica y consiguió que le enviasen una, que llevaba en su cartera como si fuera un documento de identidad y de la que, cuando estaba de buen hu-

mor, alardeaba en la sinagoga, en el campo de tiro o en algún otro de sus lugares favoritos. Pío estaba a punto de ser canonizado por sus *stigmata* —sus estigmas sangrantes en la palma de las manos— y mi tío decía que su síndrome del túnel carpiano, que se había producido tras años de aferrarse al volante cuando era comercial, era su *stigmata*.

(3) Así pues, tras dos o tres minutos de aquellos enervantes bostezos que parecían campanadas y cuyo propósito era llevar oxígeno a su organismo, se despegaba de las mantas. Encendía entonces una pequeña radio de color mostaza que solo captaba una emisora que emitía las veinticuatro horas del día el parte meteorológico oficial. La voz del locutor era monótona e ininteligible y mantenía cautivado a mi tío unos buenos cinco o diez minutos cada mañana.

(4) Después de ponerse al corriente de las condiciones meteorológicas del día, mi tío se dirigía al baño a hacer sus necesidades.

(5) Tras tirar de la cadena, regresaba a su dormitorio y rezaba una media de quince minutos.

(6) Finalizada la oración, se daba un baño de diez minutos.

(7) Después del baño, sobre las 11 a.m., bajaba a la cocina para desayunar lo de siempre: copos de avena calentados en el microondas, plátano con crema agridulce y agua caliente con limón. Consumía este abundante ágape mientras leía *The New York Times* y escuchaba las noticias de la CBS en la radio de la cocina, cuyo volumen siempre estaba al máximo. El desayuno, debido a la enorme extensión de *The New York Times*, en ocasiones se prolongaba hasta dos horas, tras las cuales abandonaba el hogar para codearse con los miembros de las fuerzas del orden

y contarles los beneficios de mantener el cañón de las armas que uno poseía limpio de polvo y aceite.

Bien, pues ese era su horario, de modo que si yo jugaba bien mis cartas, podía haberme duchado, desayunado y refugiado de nuevo en mi habitación antes incluso de que mi tío alcanzase la mesa de la cocina. Es cierto que el volumen explosivo con el que la CBS sonaba en la radio era irritante y no respetaba el límite de la puerta de mi dormitorio, pero al menos no existía contacto físico entre mi pariente y yo. Para sentirme equilibrado mental y físicamente, así como para evitar que me disparasen o golpeasen con la pistola, necesitaba soledad por las mañanas. Verán, la soledad es esencial para la creación artística,s y el arte, en mi caso, era la literatura: estaba escribiendo un *roman à clef* y necesitaba estar solo. Jeeves andaba por allí, pero Jeeves estaba adiestrado para ser invisible. Es algo que te enseñan en la escuela de ayudas de cámara.

En ocasiones, sin embargo, si me desviaba un poco de mi horario, me cruzaba con mi tío en la escalera de tres peldaños que llevaba de la cocina a los dormitorios —era una casa pequeña de Montclair, Nueva Jersey— y, aunque era un momento inquietante, no era el fin del mundo. Él me lanzaba una devastadora mirada de desaprobación, pero como la iluminación de la escalera no era muy buena, su semblante me descomponía solo un poco y no por completo.

Lo que sí era pésimo, y debía evitarse a toda costa, era estar en la cocina cuando él empezaba a desayunar. En esa tesitura no solo me paralizaba con numerosas miradas devastadoras en las que sus ojos exudaban la misma compasión que un par de ostras congeladas, sino que el ruido batiente de su masticación generaba en mí una reacción irracional. No cabía duda de que el ruido era obsceno, pero mi respuesta era desmesurada. Yo era un invitado en su casa —más aún, en los últimos meses me había convertido casi en un residente permanente; él y la tía me habían acogido en un momento muy difícil y se habían

comportado como si fueran mis padres; yo solo tenía treinta años y era, por tanto, relativamente joven, pero mi madre y mi padre habían muerto hacía años—, así que debía mostrarme tolerante con el tío Irwin. Pero los húmedos y agónicos lamentos del plátano empapado en crema agridulce que encontraba su fin entre los aplastantes molares y los latigazos de su lengua me sacaban de quicio. Si le oía masticar, me venía abajo por completo y no podía pensar con claridad durante horas, y ese era el motivo por el cual había cartografiado con precisión su horario. ¡Había que evitar a toda costa el encuentro con mi pariente!

Así pues, en la mañana en cuestión, el tercer lunes del mes de julio del año 1995, me hallaba en el baño, masajeando mi mentón, cuando decidí que la crisis que se había producido no me dejaba tiempo para afeitarme, a pesar de que sería el cuarto día consecutivo sin conocer la cuchilla —últimamente veía la botella más medio vacía que medio llena y cuando veo la botella medio vacía, parece que pierdo la capacidad de eliminar mi vello facial— y una barba pelirroja anunciaba su presencia. Mientras tanto, mi tío cantaba y las ruedas de la bicicleta seguían rodando sin avanzar.

Pero me pregunto si estoy explicando bien todo este asunto de la bicicleta. Quizá debería añadir que era una excentricidad de mi tío el *davenar* mientras pedaleaba en su bicicleta estática, que en realidad era una bicicleta azul de chica que había comprado a un particular que vendía cosas en su garaje y que tenía incorporado algún tipo de tope en sus ruedas de manera que estas no tocaban la alfombra del suelo de su dormitorio. Era un velocípedo sin velocidad y apenas oponía resistencia o servía para hacer ejercicio. Llevaba años pedaleando en ella y estaba tan entrado en carnes como siempre. Pero al menos lo intentaba. Y rezaba. Y aunque no era un judío ortodoxo, se ponía el uniforme oficial del rezo: sobre los hombros lucía su *tallith* sedoso y blanco, con sus rayas azules y sus flecos, y atadas en el brazo izquierdo y en la frente llevaba sus *tefillin* —las cajas con

ligaduras de cuero que los judíos utilizaban en sus oraciones matinales y a las que jamás se refería por el poco ortodoxo nombre de filacterias—. Las cajas, como si fueran una mezuzá,* contienen el *Shemá Israel*, las instrucciones de Dios a Moisés que aparecen en el Deuteronomio. Una de las instrucciones que se perdieron, según la tradición judía, es: «¡No salgas a la calle con la cabeza mojada!». Por suerte, la tradición oral ha mantenido este mandamiento vivo durante miles de años.

Mi tío, pues, pedaleaba y rezaba, y su *tallith*, si hubiera estado en una bicicleta real enfrentada al viento y a los elementos, hubiera ondeado tras él como una capa. Calculé que iba por la mitad de sus oraciones y me di una rociada rápida en la ducha. Por lo general disfruto quedándome en la bañera durante unos buenos quince minutos —un meditabundo baño con sales de Epsom era, por lo general, el primer paso de mi programa matutino—, pero también a esto tuve que renunciar.

Con los miembros todavía húmedos, corrí hacia mi habitación envuelto con la toalla y, justo cuando cerré la puerta de mi dormitorio, se abrió la de la habitación de mi tío y oí cómo iba al baño. Había escapado por muy poco.

Jeeves había dispuesto mi ropa sobre la cama: pantalones de color caqui suave, corbata verde de Brooks Brothers con un diseño de plumas estilográficas voladoras, y camisa blanca. Mi ropa de escribir.

—Gracias, Jeeves —dije.

—De nada, señor.

—Casi tengo un encuentro con mi pariente en el pasillo, no te creas. Otros treinta segundos en la ducha y todo habría sido distinto. Es apasionante el modo en que opera el destino, ¿no te parece, Jeeves?

* Receptáculo adherido a la jamba derecha de los pórticos de casas judías que alberga un pergamino enrollado con versículos de la Torá. Es uno de los preceptos más arraigados del judaísmo y tiene su origen en Deuteronomio 6:9 y 11:20. *(N. del T.)*

—Sí, señor.

Percibí cierta frialdad en él, pero continué con mi teoría.

—En toda nuestra vida, solo unos segundos se interponen entre nosotros y el hacha del verdugo, Jeeves.

—Sí, señor. Si me permite usted señalarlo, señor, no se ha afeitado en cuatro días.

Por fin quedaba al descubierto la causa de su actitud glacial.

—Me habría afeitado hoy, Jeeves, pero estoy apurando cada segundo. Tenemos, como máximo, diez o quince minutos para operar. —Era obvio que Jeeves seguía ofendido. Intenté explicarme mejor—: Mi tío lo ha desbaratado todo cambiando groseramente su horario sin previo aviso. Mañana me afeitaré, Jeeves, lo prometo.

—Muy bien, señor.

Una vez apaciguado el tipo, me puse rápidamente mi atuendo, pero me hice fatal el nudo de la corbata.

—Su corbata, señor —dijo Jeeves.

—No hay tiempo, Jeeves.

—Siempre hay tiempo para su corbata, señor.

—Es demasiado arriesgado —dije.

—Su tío acaba de empezar a bañarse, señor. Creo que hay tiempo suficiente.

—No, Jeeves —dije—. Además, llevo tiempo queriendo decirte que no me gusta hacer yoga con la corbata puesta. Especialmente en esta época del año, con el calor que hace. De ahora en adelante, me pondré la corbata después de desayunar.

—Sí, señor —dijo Jeeves.

Primero el afeitado y ahora la corbata. El hombre estaba profundamente dolido, le había dado una estocada a su corazón de ayuda de cámara. Aquella era claramente una mañana movida en nuestra vida doméstica y para el pobre y viejo Jeeves, pero iba a tener que mostrar mucha más sangre fría.

Abrí la puerta con vigor, eché a correr escaleras abajo, atravesé volando la cocina y salí por la puerta principal al pequeño patio.

Allí realicé mis ejercicios de yoga. Todo mi régimen matinal (baño, yoga, no tener contacto con mi tío) estaba diseñado para conseguir un estado mental adecuado —el pH mental correcto, por así decirlo— para trabajar en mi novela. Por lo general, hacía diez saludos al sol, que realmente hacen que la sangre circule. Pasas continuamente de estar en pie a tumbarte boca abajo y luego te vuelves a levantar. Lo que hacía yo era apuntar al este, postrándome ante el sol, que penetraba entre las copas estivales de los árboles, iluminando miles de hojas verdes con forma de ojo. La casa de mi tío estaba agradablemente escondida en un rincón de bosquecillo. Siempre lo he dicho: Nueva Jersey es muy bonita y su reputación es muy injusta. Por supuesto, quizá no soy objetivo, puesto que crecí en Garden State, el Estado Jardín.

Debido a la crisis de esa mañana, reduje el número de saludos a solamente uno. Entonces me tumbé boca arriba en el patio. Mi tía lo barría con frecuencia, así que no había ningún riesgo de que me manchara los pantalones. Cerré los ojos y conté diez respiraciones. Siempre lo hago tras los saludos al sol. Creo que meditar tumbado de espaldas es más conducente a pensamientos pacíficos que sentarse en la posición del loto.

Me gustaría, no obstante, si pudiera, sentarme en una posición de meditación como la de Douglas Fairbanks Jr., con las piernas cruzadas por la rodilla, un fino bigote en el labio y un aspecto arrebatador, pero no creo que el alma, que opera como el tiro de una chimenea, circule bien con las piernas cruzadas de esa manera.

De todas formas, reforzado por mi solitario saludo al sol y mis diez segundos, más o menos, de meditación, fui a la cocina y allí encontré a Jeeves, que hizo acto de presencia en el mismo instante en el que yo entré, cosa que se le da muy bien. Siempre aparece y se desintegra y reaparece según requieren las acotaciones de la escena.

—¿Cuál es el estado de la oposición, Jeeves? —pregunté.

—Su tío se está vistiendo, señor. Su actitud es la de alguien que tiene una cita de algún tipo en la que se le espera en breve.

—¿Quieres decir que llega tarde a alguna parte?

—Sí, señor.

—Sin duda debe tratarse de alguna reunión de emergencia de la Asociación Nacional del Rifle o de la Liga de Defensa Judía.

—Quizá sea así, señor.

—Creo que tendré que desayunar en mi cuarto, Jeeves. No es agradable, lo sé, pero es nuestra única oportunidad.

—Concuerdo con usted, señor.

Todo lo que consumía por las mañanas en Nueva Jersey era una taza de café, una tostada con mantequilla, un vaso de agua y la sección de deportes de *The New York Times*, esta última no para comérmela, naturalmente, sino para leer. No hay nada que me guste más que sentarme tranquilamente en la mesa de la cocina y memorizar las estadísticas de los partidos de béisbol mientras mordisqueo mi humilde tostada. Pero esta mañana debía sacrificar todo eso.

Mi tía Florence, como era su costumbre, había dejado café hecho para mí, así que llené con agilidad mi taza azul favorita de la marca Fiesta y me puse la sección de deportes bajo el brazo —mi tío no leía los deportes y, por lo tanto, no notaría su ausencia—. Jeeves llenó un plato con algo de pan y mantequilla. Salimos de la cocina a paso ligero y subimos a la carrera los tres pequeños escalones, abriendo yo el paso y con Jeeves en la retaguardia de la formación. Me encontraba cerca de la cumbre, en el segundo escalón, muy próximo a la seguridad del refugio —mi cuarto estaba a solo un escalón y un metro más— pero mi tío, sin que lo hubiera visto, también avanzaba hacia el inicio de las escaleras desde la derecha. Y así fue como un insignificante medio segundo más tarde —¡cazado por el hacha del verdugo, después de todo!— aconteció la desafortunada confluencia.

La física fue como sigue: mi cabeza, que iba por delante de mi cuerpo, ascendía las escaleras, atravesando ya el plano ima-

ginario que separa las escaleras del rellano, justo cuando mi tío doblaba a toda velocidad hacia la izquierda para descender por los escalones, con la panza por delante de su cuerpo, rompiendo también el mismo imaginario plano. Los dos planos se quebraron. Fue una colisión cartográfica.

La protuberante montaña de mi nariz se incrustó en la gran meseta de su barriga con no poca fuerza. El golpe le dejó sin aire y le forzó a inspirar cáusticamente y, mientras su estómago se hundió un poco, mi cuello, ese tallo frágil que une mi cabeza a mi cuerpo, fue dolorosa y opresivamente comprimido entre mis hombros. También recibí directamente en mis orificios nasales un espolvoreo de talco emitido desde la persona de mi tío, como si fuera un sapo del Amazonas que expulsa veneno cuando lo pisan. Mi pariente, verán, gustaba de rebozarse con talco para bebé Johnson's al salir de la bañera, hasta un punto en que el olor de la sustancia me había acabado provocando ligeras náuseas. Así que recibir esa dosis de talco directamente en las fosas nasales, justo en el centro de mis glándulas olfativas, fue un golpe duro. De algún modo, sin embargo, logré ponerme en pie en el segundo escalón, agarrando con mi mano temblorosa la pequeña barandilla. Milagrosamente, no había vertido ni una gota de mi café. Jeeves se transportó de vuelta a la cocina.

—¡Serás idiota! —prorrumpió mi tío desde detrás de su barba de Padre Pío—. ¡Zopenco!

Entonces, como a menudo me sucede en momentos de máxima tensión, tuve un espasmo y externalización retardados del miedo. Siempre que algo me asusta, registro aquello que me produce el terror de forma calmada o incluso soñolienta durante unos instantes: Oh, mira, una rata corre por mi pierna, me digo —cosa que me sucedió realmente en una ocasión en Nueva York, un trauma del que nunca me he recuperado por completo— y, una vez la rata ha cambiado de dirección, después de comprobar que soy una persona y no un desagüe, comprendo de repente lo que ha sucedido y grito a pleno pulmón.

Así que unos dos segundos después de que mi tío gritara «¡Zopenco!» cuando, esencialmente, no había moros en la costa, fue cuando reaccioné.

—¡Noooo! —aullé lastimosamente, y levanté los brazos para protegerme, demasiado tarde, desprendiendo de mi persona, del mismo modo que el talco se había desprendido de mi tío, mi taza de café caliente, y deshaciendo así el milagro que se había producido unos instantes antes. El café se esparció como una abrasadora manta marrón sobre su camisa amarilla, cuyo fino tejido no evitó que se quemara.

—¡Maldita sea! —gritó dolorido, frotándose el estómago con las manos.

—¡Lo siento mucho! —dije, subiendo el último escalón, mientras mi tío retrocedía.

—¿Me he quemado? —medio preguntó y medio suplicó mientras se sacaba la camisa.

Nadie merece que lo duchen con café caliente. Ni siquiera los parientes aterradores.

Me incliné hacia su estómago para observar la zona. Había una espesa capa protectora de pelo sobre el vientre, la mayor parte gris y no poco blanco a causa del talco, y la piel bajo el pelo y el talco parecía estar bien. Un poco rosa, quizá, pero desde luego no del color rojo vivo que indica una quemadura grave.

—Creo que estás bien —dije, sintiendo el impulso de rogar que me perdonase, pero él se retiró al baño con la camisa en el puño como un harapo, y yo le seguí como un bobo.

Se miró en el espejo, empapó una toalla y la sostuvo contra su estómago. Se estaba recuperando notablemente rápido. Era un viejo muy resistente. Nos miramos el uno al otro en el espejo. Mi cabello rubio rojizo parecía muy frágil, que era también como se sentía mi ánimo, y su bigote, como si fuera un anillo termocromático de mi juventud en la década de 1970, pareció tornarse todavía más negro. Sus ojos eran tan pequeños como los de una langosta, cuyos ojos son en verdad pequeños. De ellos salían rayos mortales. Habitualmente,

como he apuntado antes, sus ojos parecían ostras frías, lo cual ya era bastante malo. Así que era muy mala señal que ahora se hubieran convertido en ojos de langosta: su repertorio de miradas crustáceas de odio estaba ampliándose para mantenerse a la altura de la antipatía que sentía por mí.

—Siento ser tan idiota —susurré, y luego me arrastré por el pasillo y me escondí en mi dormitorio.